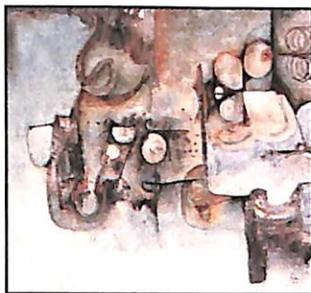


Obras reunidas

SEVERINO SALAZAR

DESIERTOS INTACTOS



## ÍNDICE

Salazar Muro, Severino

Desiertos intactos / Severino Salazar Muro, autor ; Gonzalo Lizardo Méndez, prologuista. -- México : Juan Pablos Editor, 2013.

1a edición

305 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN: 978-607-711-168-9

T. 1. Novela - México - Zacatecas T. 2. Literatura mexicana T. 3. Literatura - México.

PQ7291.D47 S25

OBRAS REUNIDAS DE SEVERINO SALAZAR  
Director editorial: Alberto Paredes

DESIERTOS INTACTOS  
de Severino Salazar

Primera edición, UAM-Leega Literaria, 1990  
Primera edición en Juan Pablos Editor, 2013

D.R. © 2013, Herederos de Severino Salazar

D.R. © 2013, Juan Pablos Editor, S.A.

2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19,  
Col. del Carmen, Del. Coyoacán, 04100, México, D.F.  
<juanpabloseditor@gmail.com>

Imagen de portada: Manuel Felguérez, *Resistencia a la memoria*, 1995,  
óleo/tela, 100 x 120 cm

Diseño de portada: Daniel Domínguez Michael

ISBN de la obra completa: 978-607-711-165-8

ISBN del volumen: 978-607-711-168-9

Impreso en México/Reservados los derechos

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza  
de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)

Distribución: TintaRoja <www.tintaroja.com.mx>



Este libro se realizó con apoyo del estímulo a la producción de libros  
derivado del Artículo Transitorio Cuadragésimo Segundo  
del Presupuesto de Egresos de la Federación 2012.

AVISO EDITORIAL	9
SEVERINO SALAZAR Y LOS DESIERTOS BARROCOS DE LA FE <i>Gonzalo Lizardo</i>	13
Aristeo	27
Gerardo	87
Susana	127
Daniel	193
Ángela	277

SEVERINO SALAZAR  
Y LOS DESIERTOS BARROCOS DE LA FE

*Gonzalo Lizardo*

UNA POÉTICA TRÍADICA

Antes de forjar sus mundos textuales — o justo mientras los forjan — algunos autores necesitan hallar para sí un lugar en este mundo real, y comienzan por buscarlo en ese mundo dentro del mundo que es la tradición literaria. Así lo hizo ver Severino Salazar cuando escribió, en el prólogo a su antología de literatura zacatecana, que deseaba pertenecer como narrador a la tradición “que encabezan escritores como Mauricio Magdaleno, Tomás Mojarro y, en menor medida, Amparo Dávila”.<sup>1</sup> Las razones por las que se identifica con esos notables narradores justifican muy bien su propósito de consolidar una narrativa “regional”, propósito que trasciende lo literario, ciertamente, pero también lo regional y lo mexicano.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Severino Salazar, *Zacatecas, cielo cruel y tierra colorada. Poesía, narrativa, ensayo y teatro (1868-1992)*, México, Conaculta, 1994, p. 29.

<sup>2</sup> La novelística de Salazar es una respuesta literaria a un momento histórico muy preciso — los años ochenta — marcado por una paulatina y globalizada descentralización del arte: hasta entonces la literatura en México — lo mismo que la pintura o la música y el cine — se producía y se administraba desde la capital del país. Gracias a los talleres y a la creciente oferta editorial en las ciudades de provincia, se había sem-

Salazar confiesa admirar a Magdaleno por “su pasión y sinceridad, por los retratos de personajes que logra y por el diestro manejo del lenguaje”, aunque enseguida se lamenta porque el autor de *El resplandor* “abandona e ignora literariamente a su estado natal, de la misma forma que lo hace otra escritora de la siguiente generación, Amparo Dávila”.<sup>3</sup> Más lo entusiasma la obra de Mojarro, pues “trasciende la denuncia y la crítica social, alcanza un efectivo nivel estético, además de ahondar en el análisis de la tierra, el hombre y Dios”, mediante un proyecto que “se inició describiendo la vida de un punto preciso de nuestro estado, Jalpa, creció y se extendió como una célula, hasta convertirse en una metáfora del hombre sin región”.<sup>4</sup>

Esta percepción crítica de lo literario y lo regional permitió que Salazar forjara, como novelista, una poética de la novela que lo distingue como autor frente a las poéticas dominantes de su contexto — las cuales apuntaban, desde la “Generación del medio siglo”, hacia una literatura más cosmopolita y experimental. Su teoría de la literatura es realista en tanto satisface la necesidad de escribir sobre lo real, y también simbolista en tanto que el autor y sus personajes abrevan de los símbolos universales, arquetípicos, para satisfacer su propia sed de Dios. Este “apetito de alegorías” se deriva, como bien lo apuntó Alberto Paredes, del “mero hecho de elegir el propio terreno para contar, ahí afinadas, las pasiones humanas”.<sup>5</sup> Una necesidad de Sentido que trasciende la individualidad de ca-

brado tierra adentro la semilla del arte: la necesidad de autoafirmar su identidad mediante la creación artística.

<sup>3</sup> Severino Salazar, *op. cit.*, pp. 23-24.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>5</sup> Alberto Paredes, *Pro Severino*, México, Juan Pablos Editor/Instituto Zacatecano de Cultura, 2011, p. 92.

da hombre y lo hermana con los hombres de todas las regiones y de todas las épocas históricas.

Esta doble vocación de Severino Salazar, naturalista y simbolista a la vez, fue amalgamada con una tercera inquietud: su reiterada obsesión por mirar hacia atrás, allá lejos en el tiempo, cuando los hombres construyeron las catedrales, cuando el mundo, ese lugar extraño, parecía tener un sentido bien afianzado en una fe sin grietas ni dudas. Aunque al final termine el autor por entender “que en la época de la Colonia sucedía lo mismo que en 1957 [y que] no ha cambiado nada en cuanto al espíritu. El hombre sigue teniendo la misma problemática, las mismas ideas sobre Dios y sobre la existencia”.<sup>6</sup> Esta conclusión de Salazar no alivia, por cierto, la nostalgia que padecen sus personajes: la añoranza por aquella época, la novohispana, cuando se construyeron las catedrales y la modernidad no hollaba aún nuestras ciudades y nuestros espíritus.

Esta tríada poética — un historicismo simbolista y naturalista, muy afín al Flaubert de “La leyenda de San Julián el Hospitalario” — se consume plenamente en 1990, cuando aparece *Desiertos intactos*, editado entonces por Leega Literaria y la Universidad Autónoma Metropolitana. A semejanza de su primera novela (que integraba dos historias en apariencia incompatibles tal como *Las palmeras salvajes* de Faulkner),<sup>7</sup> este quinto libro de Salazar nos cuenta dos historias paralelas, separadas por el tiempo pero unidas por el espacio. El destino paralelo de Gerardo y de Gregorio, dos eremitas singulares que habitaron en distintos siglos pero en un mismo desierto. Un desierto (aún) fascinante, misterioso, intacto.

<sup>6</sup> Vicente Francisco Torres, *Esta narrativa mexicana. Ensayos y entrevistas*, México, Leega Literaria/Universidad Autónoma Metropolitana, p. 227.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 228.

### CUATRO MUNDOS, DOS CRISIS, UN SÍMBOLO

La historia de Gerardo transcurre en un pasado reciente, alrededor de 1962, entre la ciudad de Zacatecas, Jerez y una hacienda de Tepetongo llamada La Chaveña. Su infancia osciló entre el amor y el rencor familiar: entre el cariño de su madre y su hermana, y el rencor hacia su padre, don Cayetano, y su hermano Aristeo. Después de transitar por varios internados, Gerardo ingresó al Seminario Diocesano, no para atender el llamado de la vocación sacerdotal sino para satisfacer su creciente apetito de soledad. Justo entonces muere su hermano Aristeo y Gerardo debe volver a La Chaveña para encarar el llamado de su verdadera vocación, cifrada tras la vida del “primer anacoreta de Indias”: ese personaje enigmático cuya vida y obras había comenzado a estudiar en las apacibles bibliotecas del Seminario.

Aunque algunos rumores aseguren que nunca existió, que su vida fue una leyenda apócrifa —como San Cristóbal el gigante o San Julián el Hospitalario—, los testimonios indican que Gregorio López desembarcó en Veracruz el año 1562, proveniente de España. Según sus biógrafos, Francisco Losa<sup>8</sup> y Juan José de Eguiara y Eguren,<sup>9</sup> lo hizo con el solo propósito de vivir como ermitaño al norte de Zacatecas, justo en el límite del imperio español, desafiando la crudeza del desierto y la ferocidad de los chichimecas. Ni Losa ni De Eguiara se atreven a hurgar en su misteriosa vida anterior. Sólo saben que nació en Madrid, el día de San Gregorio Taumaturgo de 1542, y que ya había experimentado “las soledades” en la sierra de

<sup>8</sup> Francisco Losa, *Vida del siervo de Dios Gregorio López*, Madrid, Imprenta de Juan de Ariztia, 1727.

<sup>9</sup> Juan José de Eguiara y Eguren, “Venerable Gregorio López”, en *Historia de sabios novohispanos*, México, UNAM, 1998.

Navarra, durante seis años, al lado de un viejo ermitaño. Losa asegura que Gregorio, cuando alguien le preguntaba por su familia o su linaje, evadía el tema con una respuesta piadosa: “Mi patria es el Cielo, mi Padre es Dios, que así nos lo enseñó él, diciendo: No queráis llamar a nadie padre sobre la tierra”.<sup>10</sup>

Puede sospecharse que este secreto no fuera sino una argucia de sus hagiógrafos para eliminar cualquier sospecha acerca de la infancia o de la cuna de Gregorio, que obstaculizara su canonización. Un secreto muy adecuado para la imaginación del autor y del protagonista de *Desiertos intactos*, pues a partir de ese hueco pudieron suponer una hipótesis muy literaria: que Gregorio era el hijo del príncipe heredero de Carlos I y de una joven que recién había abjurado de su judaísmo. De ese modo, cuando se recrudeciera la persecución contra los “cristianos nuevos” y su padre fuera coronado como Felipe II, Gregorio tendría que padecer el choque entre su linaje real y su sangre semita. Las rencillas con su padre sólo terminarían cuando el rey desterrara a su bastardo y éste viajara a las Indias para forjarse un nuevo destino.

Dos personajes y un solo paisaje; dos tiempos distintos y un mismo símbolo. El desierto como correspondencia, como imagen sensible que nos permite vislumbrar un significado inexpresable en palabras. Como todo símbolo, el desierto —laberinto sin muros, hierofanía— posee un significado que trasciende los conceptos del lenguaje. Pues, como diría Fernando Bayón: “El símbolo no refiere a un significado. Remite a un mundo”,<sup>11</sup> es decir, a un conjunto específico de ideas y valores que las sociedades o los individuos fraguan en torno a las

<sup>10</sup> Francisco Losa, *op. cit.*, p. 5.

<sup>11</sup> Fernando Bayón, “Símbolo”, en A. Ortiz-Osés y P. Landeros, *Claves de hermenéutica para la filosofía, la cultura y la sociedad*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2005, p. 511.

cosas reales: un mundo virtual a la medida de cada individuo o cada pueblo.

Como símbolo, el desierto zacatecano creado por Severino Salazar nos permite vislumbrar los conflictos concretos entre cuatro de esos mundos “virtuales”. Por un lado, entre el mundo católico de la Nueva España y el mundo interior de Gregorio López, ese rebelde pasivo, hambriento de libertad, de silencio, de absoluto. Por el otro, el conflicto entre el mundo católico del México poscristero y el mundo interior de Gerardo, ese rebelde “ideático”, igualmente hambriento de libertad, de silencio, de absoluto. En la conjunción de estos cuatro mundos y estos dos personajes — espejo frente al espejo —, es probable que el lector vea reflejado su propio hastío metafísico. O bien el de un autor casi invisible, un sujeto semioculto tras el barroco espejo de la escritura, mientras redacta la denuncia de este mundo cada vez más inhóspito, este lamento dirigido a un Dios cada vez más ausente.

#### VIRTUDES CARDINALES, PECADOS VENIALES

Aunque *Desiertos intactos* no esté libre de ripios y de inconsistencias narrativas,<sup>12</sup> esos pecados son veniales si los comparamos con sus cardinales virtudes estéticas. Es decir, aunque sea imperfecta la forma de su expresión, es irreprochable — por

<sup>12</sup> En “Post scriptum a Severino Salazar” Alberto Paredes señalaba, en segunda persona, algunos de los defectos veniales del autor: “Tu falanacrónico para recontar un juicio inquisitorial de 1599, no concluir antes un periodo y que las rebabas del parlamento en cuestión te vuelvan a acercar a lo melodramático y a la obviedad de sentimientos y expresiones o a los excesos alegorizantes”, en Alberto Paredes, *op. cit.*, pp. 33-34.

auténtica — la sustancia de su contenido: su honesta visión de la tierra, del hombre y de Dios. Una dramática visión del mundo, que sería plenamente trágica si Gerardo ni Gregorio hubieran conquistado la serenidad trágica de otros ermitaños, como San Antonio o Zarathustra.

Más allá de su barroca urdimbre de símbolos, la novela seduce al lector con la sinceridad de su voz narrativa y la complejidad psicológica de sus personajes. Veremundo Carrillo ya ha elogiado los relatos de Salazar, por ser “ágiles y apasionantes”, y su voz, porque “recuerda a los buenos narradores orales del campo”:<sup>13</sup> una voz que sabe retener la atención de sus lectores mientras divaga entre recuerdos que vienen o sensaciones que se van. Una voz que demuestra, además, una cara habilidad para transitar tiempos y espacios, para ensamblar historias dentro de otras historias dentro de otras historias.

Por cierto, los cinco capítulos que conforman *Desiertos intactos* están repletos de vitalidad, gracias, sobre todo, a las historias y secretos de sus personajes. La belleza física de Lázaro, el idiota de la familia, y sus amores clandestinos con la criada de San Tadeo; el socarrón de Neftalí, ese mudo capaz de imitar los movimientos de cualquier persona, animal o cosa que se le antojara ridiculizar y que tuvo un fin tan inquietante. O la personalidad de don Daniel, el brazo derecho de don Cayetano, que se sabía de memoria la Biblia pero no iba a misa, que manejaba con sabiduría la hacienda pero que enamoró en secreto a la joven Susana, la única hermana de Gerardo, que fue internada luego en un convento, en castigo por su deseo de casarse con un viejo.

<sup>13</sup> Veremundo Carrillo Trujillo, “Introducción” a *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la colonia al siglo XX*, Zacatecas, Instituto Zacatecano de Cultura/Conaculta, 1996, p. 14.

Desde las primeras páginas, el protagonista despierta la curiosidad del lector no por su carácter ejemplar sino por su naturaleza paradójica. Gerardo amaba en abstracto a todos los animales, sí, pero su perra La Gardenia ni su yegua La Griega estaban a salvo de sus arrebatos, de su tímida crueldad. Gerardo deseaba hacer siempre el bien y alcanzar la verdad, es cierto, pero nunca renegó de su odio por su hermano Aristeo, un rencor que le parecía “muy natural y sincero, y nunca sintió arrepentimiento por darle albergue a un sentimiento tan justo”.<sup>14</sup> La expresión más evidente de sus contradictorios anhelos se manifiesta en las rigurosas “nuevas leyes” que promulga para someterse a sí mismo:

No irás detrás de ningún ideal. No pronunciarás ciertas palabras, ciertas ideas. No desviarás ni detendrás el fluir de las corrientes y el crecimiento de las plantas, los animales y los hombres. No te opondrás al correr de los años y de las edades; no las disfrazarás, las engañarás. No pondrás límites, fronteras o diques. [...] No cultivarás ciertas yerbas.<sup>15</sup>

Atormentado por una zozobra y una culpa que lo hermanarían de lejos con Caín, con Judas, con Ícaro o con Prometeo, Gerardo nunca podrá obedecer esas treinta y tres prohibiciones, ese arbitrario y severísimo proyecto de vida fundado, al parecer, sobre la negación de la vida. Mientras procura, a lo largo de la novela, una transformación de su espíritu que lo hermane con el primer ermitaño de América, Gerardo deberá enfrentar un mundo y un tiempo muy distinto al de Gregorio: un mundo como el nuestro, donde no existen desiertos que profanar ni fronteras que transgredir, un mundo sin va-

<sup>14</sup> Severino Salazar, *Desiertos intactos*, p. 31.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 60.

lores, donde incluso la herejía es un pecado venial. Un mundo sin cielo, sin infierno, sin salida.

Acaso la virtud estética más notable de *Desiertos intactos* se manifiesta en su eficacia para comunicarnos el pavor metafísico de su protagonista, ese temor suyo ante lo numinoso, “ante el indecible misterio que se cierne sobre todas las criaturas”,<sup>16</sup> mientras nos entretiene con su colorido retrato de la vida reciente o lejana: la corte española, los personajes de las juderías, los rufianes de las caravanas o los afanes cotidianos de La Chaveña, esa hacienda de provincia con sus carruajes, sus reses, sus cosechas, “las bugambilias y las glorias floreadas de los patios [que] brincaban las bardas y se derramaban al exterior, como espuma de cerveza”.<sup>17</sup>

Explorar lo indecible a través de lo sensible, lo sagrado a través de lo profano, lo terrible a través de lo entrañable; he aquí la vocación literaria que mejor define a esta novela.

## INTERTEXTOS Y CANONIZACIONES

La literatura, como la mitología, incluye entre sus funciones la de proponer los símbolos que los hombres y los pueblos necesitan para transitar de lo sensible a lo suprasensible, de lo mutable a lo inmutable, de lo individual a lo cósmico. Los autores cifran en imágenes simbólicas su propia experiencia — sea vivida, imaginada o leída — para que el prójimo, el lector, descifre ahí su experiencia, su vida, su imaginación, sus lecturas. Gregorio y Gerardo están hermanados por una similar sed: ambos son héroes “simbólicos” que, a la manera de don

<sup>16</sup> Rudolf Otto, *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid, Alianza, 1980, p. 22.

<sup>17</sup> Severino Salazar, *Desiertos intactos*, p. 55.

Quijote, Percival o Sherlock Holmes, emprenden una odisea tras el significado de las cosas tal como son: para leer el significado de esta realidad marcada por la violencia, el ansia de riqueza, el deterioro ecológico, la violencia del narcotráfico, la falta de libertad, los conflictos agrarios, los desiertos de la vida y de la fe.

Puede decirse que los protagonistas de *Desiertos intactos* buscan aislarse del mundo porque aspiran a una experiencia más intensa de lo real. Y nada amplifica tanto la experiencia de lo real como la experiencia de la lectura: si Gerardo leía su vida a través de Gregorio, y éste leía la suya a través del Apocalipsis o de los signos del desierto, de modo semejante Salazar lee a sus personajes a través de sus lecturas y relecturas, sus textos y sus intertextos, las historias dentro de sus historias. Así lo indica Severino, barrocamente, cuando Gerardo explica la escena teatral que ha concebido para poner en escena la muerte de Gregorio López:<sup>18</sup> un evidente tributo a la escalofriante muerte de San Julián el Hospitalario, tal como la cuenta Flaubert: desnudo en su lecho, calentando con su cuerpo las llagadas carnes de un leproso.

Dijo entonces [el leproso] “Tengo frío”.

Julián, con su candela, encendió un atado de helechos, en medio de la cabaña. [...] El leproso vino a calentarse; y encogido sobre los talones, temblaba con todo su cuerpo, se debilitaba, ya no brillaban sus ojos, sus úlceras manaban. [...] “¡Ah! ¡Voy a morir...! ¡Acércate, caliéntame! ¡No con las manos! ¡No! ¡Con todo tu cuerpo!”.

Julián se tendió completamente sobre él, boca contra boca, pecho contra pecho. [...] El techo se desvaneció, el firmamento se desplegó; y Julián subió hacia los espacios

azules, cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo, que lo llevaba al cielo.<sup>19</sup>

Más allá de los pecados que cometieran en su juventud y más allá de la ardua penitencia que ambos se impusieron, son abismales las diferencias entre el santo medieval de Flaubert y el beato eremita de Salazar. Mientras el primero alcanzó la santidad, pese a su parricidio, el segundo fue sospechoso de herejía judaizante, nunca fue canonizado y jamás tuvo el privilegio de compartir el lecho con el Mesías. Al consumir esta analogía novelística, esta correspondencia simbólica entre los destinos de San Julián y de Gregorio López, *Desiertos intactos* puede leerse como una canonización literaria consumada con todas las reglas, una santificación — de Gerardo, de Gregorio y acaso del mismo Severino — validada por el arte: por un ejercicio (neo)barroco de reescritura, digno de la más lúcida y lúdica tradición hispanoamericana.

Guadalupe, Zacatecas  
marzo de 2013

<sup>19</sup> Gustave Flaubert, “La leyenda de San Julián el Hospitalario”, en *Tres cuentos*, Bogotá, Norma, 1990, p. 86.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 267.

Obras reunidas de Severino Salazar  
Volumen I: Novelas, I  
Tomo 3: *Desiertos intactos*

*Desiertos intactos* es la historia de Gerardo, un solitario del siglo xx quien se obsesiona por un ermitaño legendario de la Nueva España: el beato Gregorio López. Esas vidas son un misterio en medio de los desiertos intactos que forman el mundo.

Como símbolo, el desierto zacatecano creado por Severino Salazar permite vislumbrar los conflictos concretos entre varios mundos “virtuales”. Por un lado, entre el mundo católico de la Nueva España y el mundo interior de Gregorio López, ese rebelde pasivo, hambriento de libertad, de silencio, de absoluto. Por el otro, el conflicto entre el mundo católico del México poscristero y el mundo interior de Gerardo, rebelde “ideático”, igualmente hambriento de libertad, de silencio, de absoluto.

Explorar lo indecible a través de lo sensible, lo sagrado a través de lo profano, lo terrible a través de lo entrañable; he aquí la vocación literaria que mejor define a esta novela.

*Gonzalo Lizardo*



 CONACULTA

 INBA

